

EL ESCARAMUJO

Revista Cultural de Jabaloyas - N° 9 - Año 2024





El Escaramujo.

Revista Cultural de Jabaloyas.

Nº 9- Julio 2024

Edita:

Asociación Cultural San Cristóbal
JABALOYAS (Teruel)

Redacción:

Raquel Cadierno Domingo

Depósito Legal:

TE- 138/2011



¡Queridos vecinos, queridos lectores!

Es un honor daros la bienvenida a una nueva edición de nuestra querida revista cultural. Ha pasado un año más y nos complace profundamente que, nuevamente, tengáis entre vuestras manos este compendio de historias, relatos y tradiciones sobre este pueblo tan especial para todos nosotros llamado Jabaloyas.

Gracias por ser parte de esta aventura cultural y por permitirnos entrar en vuestras casas.

Y muchas gracias en especial a Raquel Cadierno, por todo el tiempo, el cariño y la dedicación que ha vuelto a invertir en la preparación de este número. Sin su esfuerzo y pasión, este proyecto no sería una realidad.

Esperamos que disfrutéis de cada página.

Un saludo.

La Asociación Cultural San Cristóbal



ÍNDICE

Armonía Rodríguez Monleón	3
<i>Entrevista a una luchadora.</i>	
Ángel Baltasar Murciano.....	7
<i>Vida de un legionario.</i>	
Los Amantes de Teruel y su Mausoleo	10
<i>Una historia de amor a través del arte.</i>	
Reseña literaria.....	14
<i>Libros de Frutos Aspas.</i>	
Pasatiempos	16
<i>por Julio Nando Rosales.</i>	
Paca y sus hermanas	17
<i>Un cuento brujeril por Raquel Cadierno.</i>	
¡Ay, Maño! Y agradecimientos	19

Armonía Rodríguez Monleón

Entrevista a una luchadora

-¿Cuáles son tus primeros recuerdos en Jabaloyas?

-Nací en esta casa en el 32, en Jabaloyas. Estábamos muy bien, con el padre (Urbano Rodríguez Domingo) y la madre (Rogelia Monleón Domingo). Eran agricultores: se dedicaban a las tierras y al ganado. Tendría yo tres años, cuando comenzó la guerra. De aquel entonces, recuerdo algunas cosas: la aviación, que tuvieron que salir mis padres de aquí, como mucha gente, porque tiraban bombas. Ahí en la era Marco Antonio tiraron una bomba. Entonces nos sacaron a las cuevas. Nosotros a la fuente El Soldado. A unas cuevas que eran de roca, y que tenían un trocito de tejado.

-¿Cuánto tiempo estuvisteis allí?

-Tres años.

-¿Cómo hacíais para comer?

-Se pasaba mal. Mucha gente tenía que ir a pedir a los soldados comida. Mi padre tenía labores en la era, en la fuente El Soldado, y trillaba. Segaba en el pueblo algo, y en la hoya de la fuente El Soldao, que teníamos tierras. Igual que nosotros había también otros, e iban a moler a Tormón. La Fuente El Soldao estaba rambla abajo a Tormón. Había un molino, del tío José. Iban con machos y trigo a moler a Tormón. Y mi padre y alguno que le ayudaron, hicieron un horno de piedra, que la trajeron de El Rodeno. Y en la puerta de la cueva, aún está la forma ahí del horno de los corrales, que había tres o cuatro arriba, bajaban allí a amasar. Comían pan.

-¿Y os dejaban tranquilos? ¿No bombardeaban?

-A veces pasaba la aviación. Teníamos unos palitos; cuando sentíamos la aviación, corríamos a meternos a la cueva, y un palito en la boca.

-Porque si tiraban bomba, para no reventar la persona... o te podías morder la lengua.

-Eso, para respirar sería. Y había mucha gente por todos los corrales, llenos. Y allí nació Violeta.

-¿Cómo pasábais los inviernos?

-Hacíamos mucha leña. Encendíamos dentro de la cueva. Adentro había un trozo de risca, y hacían allí un rodalico, y hacían un agujerico arriba para que saliera el humo, y a echar leña y a calentarnos. Los niños lo pasábamos bien, porque éramos pequeños y no nos hacíamos cargo. Había muchos jóvenes, porque había muchos corrales, nos juntábamos todos, y a correr por allí y a jugar. La tía Catalina, la tía Josefa, que tenía tres o cuatro hijos...



estaban los corrales llenos. Tres o cuatro corrales, y uno que había más arriba... Feli, Elena, estaba Esteban, Rogelio... todos críos pequeños. Mis padres tenían gallinas. Yo me dedicaba a coger los huevos. Ponían por las sabinas, por los rincones, y tenía que buscarlos. Nosotros lo pasábamos bien, no padecíamos. El padecimiento fue después. Padecimos mucho cuando se acabó la guerra. Porque mientras la guerra, mi madre les lavaba la ropa a unos que mandaban. Allí en la cueva teníamos sacos de arroz, lentejas, café... En sacos, le daban a mi madre. Repartía por allí a los de las cuevas. Se ayudaban unos a otros. Se acaba la guerra y "qué bien", contentos. Venimos aquí al pueblo, estaba todo destrozado. Porque durante la guerra, los soldados estaban por el pueblo. Y los del pueblo estábamos unos en Alobras, otros en las Cuevas por El Prao (el tío Zorro, Magdalena la Zorra, y Carmen y Eugenio) cerca de la Fuente El Sodao. La guerra es lo peor que puede haber. No había puertas. Se ve que al invierno cogían las puertas, las quemaban y se calentaban. Luego mi madre, con tablas, hacía por ahí lo que podía. Se perdieron muchas pertenencias que tenían los padres. Porque claro, sacaban cosas, pero no podían sacarlo todo. Allí en la cueva teníamos adentro un rodal que estaban los machos. Luego las camas... los que padecían eran los padres. La mayoría de las personas tenían hijos pequeños. Los padres, esos tres años fueron malos para ellos. Para los niños... no nos dábamos cuenta de lo que pasaba. Porque mira, la tía Josefa se quedó con tres o cuatro. Bueno, estaba Feli, Elena, Blas, Cecilia, y luego



4 • El Escaramujo



nace Violeta. Se juntaría con cinco. Y el tío Salvador no estaba, que estaba en otro bando. De Valdecuencia para allá había otro bando. Se pasó mucho y malo. Pero después, cuando se acabó la guerra, vino el hambre. Se pasó más hambre en la posguerra que en la guerra. Porque muchos en la guerra, de las cuevas de ahí de la Fuente el Sodado, los corrales que había allí arriba, iban al Puntal. Al corral de Montero, por allí, por aquellos morrones, daban rancho a la gente pobre. Porque es que no tenían para comer. Luego mi padre era cazador, cazaba tordejas al invierno. Con lazos, cogía conejos, liebres... Ya no estaban los soldados. Había casas que no aguantaban. Unas sin puertas, otras, destrozadas. Porque vienes aquí, y sí, pero claro, hasta que siegas, hasta que coges el trigo, las patatas... todo eso lleva un tiempo. Pero mientras, hay que comer cada día. Entonces se pasó mucho hambre. Y nosotros hambre y mucha tragedia, porque, a los pocos meses de acabar la guerra, mi madre se pone mala, coge una pulmonía, y duró una semana. Fueron con un macho a El Cuervo, que había algún médico, y cuando vino, ya no había remedio. Mi madre está encerrada en el cementerio de San Roque, en La Lomilla. Y se queda mi padre con tres niños pequeños: Regina, entre nueve y diez años, era la mayor; yo tendría seis o siete, y luego el hermano, tendría tres años, casi cuatro. Primero nos atendía mi abuela Francha, la madre de mi madre, que ya era muy mayor. La abuela Francha tuvo cuatro hijos: mi madre, la tía Pascuala, el tío Joaquín y una que se le murió con unos veinte años. Se le murieron los cuatro hijos a esa abuela. Luego se queda con nosotros, con los nietos, pero ya muy mayor. Entonces mi padre se casó con la tía Mariana, que eran primos. Ella también tenía tres hijos pequeños. Ella necesitaba quien le labrara las tierras, mi padre quien le cuidara los niños.

-¿Cómo recuerdas esos años?

-Muy mal. Seis niños, con ellos (mi padre y la madrastra), ocho. Y claro, ella quería a los suyos. Pasamos mucho hambre estando con la madrastra. Y yo era la mala de

la cuadrilla. Siempre he sido la mala yo. Es que... veías las cosas... el hambre te hace hablar. Luego, los hijos de ella, uno lo mandó a Barcelona, que tenía una hermana casada y no tenía familia; entonces Leovigildo se fue a Barcelona. Tenía otra tía en Teruel, y mandó a Manuela a Teruel. Andrés ayudaba a mi padre un poco a pastor, a labrar, porque era el mayor. Mi hermana, como era mayor, la mandaban pastora. Tenía diez o doce años. La echaban un trozo pan y una tajada, y se iba en la mañana con las ovejas, y venía a la noche. Regina era buena. Porque no estaba con la madrastra. Isidoro era pequeño, y a ese la mandaban con una burra. Luego compraron una vaca, y siempre a cuidar la burra y a cuidar la vaca. Jesús, este de los Abarcas, se crió con la leche de la vaca. Yo, no se qué edad tendría, doce o trece años, y me llamó el tío Teodoro, que era forestal, porque estaban los Maquis, en Ligros, que se puso mala, y le pidió a mi madrastra "déjame a la muchacha", porque la tía Florencia estuvo mala, se tuvo que ir a Valencia un mes por ahí de médicos. Y tenía a Jesús, que era un bebé, meses. Y luego estaba Felisín y Cayo, que era más grande. "Mariana, déjame a la muchacha, para que me cuide al niño". Me fui con ellos, y estuve un tiempo. A lo primero se venía la tía Francisca a dormir. Luego ya no se venía. Yo me quedaba a dormir, porque con el niño había que quedarse mientras los padres no estaban. Y allí estuve un tiempo. Le dábamos leche de la vaca a Jesús. Estuve un tiempo, no me acuerdo cuánto, pero luego ya la madrastra "oye, que necesito a la muchacha, que hay que ir a por cardos, hay que hacerse a los gorrinos, hay que sacar los corderos al trigo, y todo eso"; hala, y se me llevó la tía Mariana otra vez. Y buscaron una de Arroyofrío, que estuvo dos días y se les fue. ¿Cómo haría yo la comida, el niño...? Me acuerdo que estaba allí contenta porque comía más que estando con mi madrastra. Porque tenían tinajas. Mataban cerdos y había longaniza, fridura. Yo estaba contenta porque comía. Con la madrastra, yo iba mucho a por cardos, a hacerles a los gorrinos. Y luego iba a ver si echaba pocos o echaba muchos. "¡Que les has echado pocos, tienes que echar más!" Y pasaba hambre. Entonces Manuela también estaba. Íbamos a por cardos, o a excavar, o al campo. Íbamos a casa las dos, a la tarde, y Manuela abría un armarico que había tajadas o algo de pan; ella cogía y comía. Yo miraba cómo ella comía. ¿Tú te crees que eso se puede aguantar? Yo me callaba, estaba como asustada. El día que amasábamos, si podía entrar al cuarto del amasador, a lo mejor cogía un pan, y lo metía en el colchón, que era de vencejo, de paja, y a la noche, a repizcar pan y a comer. Para fregar, no es como ahora, que hay comodidades. Había un pozal para fregar, y otro para enjuagar. Me arrodillaba en el suelo a fregar los platos. Una vez friego los platos y luego me doy jabón en las manos, me estoy lavando y vino mi madrastra y me dio un coscorrón por atrás que me tiró, porque me estaba lavando las manos y

estaba gastando el jabón. Entonces se hacía el jabón de losa o compraban de los Campilleros. Estuve diez años con ellos. Cuando ya dejé de estar en casa del tío Teodoro, que ya vino su madre, la tía Florencia, estuve algún año en Barcelona. Me fui a servir, muy jovencita. A lo primero me fui a casa de un hermano de la madrastra. Y luego vine, y mientras estaba yo, había discusiones, porque yo era la mala. Nos poníamos a comer, y entonces no había plato para cada uno. Se escullaba el cocido o lo que había en un plato y todos a una a coger con la cuchara. Y a veces había cocido y luego te repartía la carne. Y a mí siempre me tocaba el hueso. Y decía yo "pero esto sólo es hueso" y ella decía "pues con la molla se ha criado". Y yo cogía el hueso y "pam", el hueso para el perro. Un año me dice Regina "este año no te vas a Teruel", porque ellos se querían separar, "pero si tú te vas, no se separan. Si tú estás, entonces hay más pelea".

-¿Cómo fue tu experiencia en Barcelona?

-Estuve en varias casas a lo primero. Porque yo iba, y estaba el año. Luego se apartaron mi padre y la madrastra, y se quedó aquí Isidoro, Regina y mi padre. Y yo estaba por allá. Venía el verano, las fiestas del pueblo, y yo me acordaba del pueblo, de la familia, y yo quería venir. Dejaba la casa y me venía. Pasaba el verano, un mes o dos, y me iba otra vez. Y encontraba otra casa. Estuve unos cuantos años así, yendo y viniendo. Ya luego estuve unos cuantos años en la misma casa, y ya algún año ya no vine. Estuve unos cuantos años con el sacristán de la catedral de Barcelona. Yo era muy amiga de Victorina y Amada, las herreras. Iban a casa de su tío Manuel, el tío Topera. Yo iba con ellas. Tenían allí a Manolo. Entonces ya nos hicimos novios Manolo y yo. Salíamos a la plaza Cataluña de paseo. Algún verano venía aquí a casa de la tía Vicenta, porque el tío Manuel y la tía Vicenta eran hermanos. Venía pequeño y cuando estábamos trillando ya tenía ocho o diez años -mi marido, Manolo-, venía con sus padres aquí a casa de su tía, y cogía las alpargatas en la mano y venía aquí a la era porque no se sabía calzar las alpargatas. Luego otro año vinieron a las fiestas. Ya estuvimos bailando en San Cristóbal. Luego iba yo con Victorina a su casa y ya pues nos hicimos amigos. Desde pequeños ya nos conocimos. Se llamaba Manuel Lázaro Hidalgo.

-Él ¿a qué se dedicaba?

-Él primero trabajaba en una casa de coches que estuvo su padre trabajando, en la Mercedes, y luego se fue a la Pegaso, donde ha estado toda su vida, haciendo camiones y todo eso. La fábrica la trasladaron del centro de Barcelona a Sabadell, y al hacer el traslado, despidieron gente. A él le prejubilaban, le dieron ocho millones entonces. Entonces él ya no trabajó; le decía yo "vives mejor que el rey".

-¿Cuántos hijos tuvisteis?

-Dos: Manuel y Nuria. Tengo cuatro nietos.

-Estuvisteis llevando el bar de Jabaloyas durante un tiempo.

-Sí. Mi hijo estaba trabajando en una empresa, echaron gente, y se quedó sin trabajo. Y entonces cogió el bar. Y estuvo dos años y medio. Fíjate que yo no he ido a escuela, tenía que ir pastora. Fui aquí a la escuela cuando murió mi madre, era doña Mercedes, la madre de la tía Ángeles, tenía la escuela. Aprendíamos un poco las letras. Íbamos con un pañuelico negro de luto. Y decía la profesora "dile a tu abuela que no te ponga el pañuelo". Fui unos días. Me acuerdo que estábamos en la guerra e íbamos a Alobras, porque estuvimos algunos meses en La Serna, una masía, porque estaba una hermana de la tía Ángeles, Laura, daba clases en Alobras, en la guerra. Y me acuerdo que fuimos algunos días desde La Serna allí, a aprender las letras; me acuerdo que me dieron una cosa que le decían "el catón", y me acuerdo que era redondo y tenía alrededor colores. Y me acuerdo que luego, como me tenía que ir a Barcelona, y no había teléfonos, yo tenía que escribirles a mi padre. Yo aprendí las letras y aprendí a escribir a mi manera. Y luego en el bar, pues claro, yo no se de cuentas. Pero yo, a mi manera, también las hacía. Me acuerdo un día que viniste (dice Armonía a Martín Domingo), que vinieron los del camping. Y claro, se juntan muchos niños, las chuches, y me ayudaste luego a sacar la cuenta. Porque claro, el uno quería un caramelo, el otro un helado, otro, no se qué... y había muchos, y esperando, y yo, con poco saber... Y dijiste "cóbrales tanto a cada uno, y ya está". Pero yo me defendía a mi manera.

-Al ser mayor que yo, yo pensaba que sabías más que yo... pero claro, no te dio tiempo de aprender- dice Martín.

-Hasta cuando iba pastora, me gustaba leer- dice Armonía-. Fortunato me dejaba algún libro. No se de dónde lo sacaría. Me acuerdo un libro de Zorrilla. Contaba un chiste Fortunato: dice que en un colegio había una vez exámenes; preguntaban y había una chica adelante y un chico atrás. El chico le quería decir a la chica que la respuesta era "Zorrilla", por lo que le dice "Zorrilla, zorrilla" y dice la chica "y tú mariconcete". No sé cómo he salido adelante con todo. Me acuerdo hace unos años, estaba en Barcelona. Yo iba al médico con Manolo, porque estuve mucho tiempo malo. Todas las semanas teníamos que ir a revisión. Nos cambiamos de Barcelona a Terrassa, y le explicaba al médico: "tiene azúcar, tiene colesterol, tiene tensión... tiene de todo" y dice el doctor "y el chalecito, ¿también lo tiene?"

-¿Os costó mucho iros del pueblo cuando dejasteis el bar?

-Bueno, tuve que volver, porque aquí mi hijo no podía estar. Porque ella tenía un hijo. Si hubiera habido colegio... pero se tuvieron que ir porque no había escuela.

-Hacía ella una bebida... -dice Martín.



6 • El Escaramujo

-Sí, la piña colada- indica Raquel-. Yo me acuerdo que tuve que volver a Madrid, y le compré leche de coco en el Corte Inglés, que entonces no se encontraba en cualquier sitio como ahora, y le traje la maleta llena de latas.

-Estaba aquello que se cebó la gente, y aún decíamos -esta muchacha con esto ya vive"- comenta Martín.

-Con los años, ¿cómo sientes el pueblo de como está ahora, a como era entonces, en tu niñez?

-Siento pena del pueblo, porque hay muy poca gente. Llega el invierno, y da pena. Porque es que... cinco o seis casas. Ahora al verano, aún, pero al invierno... Yo en el pueblo paso medio año. Vine en abril y hasta noviembre o diciembre, no me voy para Barcelona. Aquí lo único es la soledad. Porque mientras hay gente, pues bien. Pero luego llega, cuando hace frío, a encender la estufa y todo el día en casa. ¿Ande vas? Cada uno está en su casa. Voy un rato a casa Rosa, otro día voy a casa de Águeda... pero nada más. En el tiempo bueno, me entretengo regando las plantas, el cerrao... Yo me casé, he estado criando a los hijos. Cuando comenzaron el colegio los niños, había pocos colegios; había más niños que colegios. Y yo iba a hacer casas, iba a hacer una farmacia, de limpieza. Luego he estado más de veinte años cosiendo para un taller uniformes para colegios, para hospitales... Me traían la faena cada semana a casa, todo cortado, y se llevaban lo que había hecho. Yo tenía dos máquinas: una overlock que corta y cose, y tengo otra industrial. Me tenía que poner a veces bolsas de hielo en los pies, porque se me calentaba el pie en el pedal.

-Armonía, ¿se comentaba en tu juventud algo del tema de las brujas en Jabaloyas?

-Mi madrastra iba para que le hablara de sus padres a casa del tío Jorge, abuelo de Teodoro, el forestal. Pues allí la tía Blasa, el tío Casto, mi madrastra y otros, iban allí y hablaban con los muertos, hacían centro.

Martín dice. "tú te acuerdas mejor que yo, del tío forestal, el Valentín, el padre de la mujer de Zagal, que últimamente la cuidó Visita; Marcelina, la forestala. En el corral de Valentín, ahí nada más subir Romediano, en todo el alto, a la izquierda, ahí tenía un corral. Fue allí y se encontró todos los hatos de las brujas".

-La iglesia, ¿tú recuerdas antes de la guerra cómo era por dentro?

-Vecinos de aquí hicieron dos lumbres grandes ahí en la puerta, que luego estaba ahí quemado el suelo. Hasta que hicieron la calle, se conocía a dónde habían quemado los santos. Dos sitios: dos hogueras grandes. La iglesia de antes, yo me acuerdo que entramos a bautizar a Isidoro, que comenzaba la guerra entonces. Muchos de su tiempo ya no los pudieron bautizar. Los bautizaron luego, al acabar la guerra, en la ermita.

-Yo me acuerdo de chiquico, cuando tenía diez u once años- dice Martín-, que estaban todos los carpinteros de



Jabaloyas: el tío Casiano Canela, Tana, de las Mansillas, el tío Lorenzo... y lo estaban poniendo de madera. Porque antes estaba de piedra. Unas piedras gordas, anchas, así bien puestas, negras. Y ese zócalo que ahí al subir, de madera, donde se pone ahí el cura, eran unas piedras con su moldura, bien hecha.

-Las puertas de la iglesia, ¿no eran distintas?

-Sí - dice Martín-. Tenían unos clavos y un embellecedor con forma de estrella, de hierro. Aquellas se esgan-guillaron, y estas puertas las hicieron los carpinteros de Alobras. No se quién se llevaría los clavos y atrás, para sujetar arriba y abajo, llevaba así un este de hierro, así hasta media puerta, así también marcado con estrella. No sé quién se quedaría con aquello.

-Armonía, ¿cuál es el recuerdo que guardas con más cariño del pueblo?

-Al acabar la guerra, se llenó el pueblo de vecinos, y se vivía, a pesar de que éramos todos pobres, se llevaba muy bien la gente. La gente muy unida: corros en las puertas, porque como no había televisores ni nada, se hablaba mucho, había mucha unión, a pesar de la pobreza y de lo que había pasado, se llevaba la gente muy bien.

-Yo te ayudaba a ti a coger las patatas, tú me dabas un saco. Tú me ayudabas a mí a segar, te daba una talega de trigo. No había dinero. Entonces era ayudarnos los unos a los otros. Hasta hace poco. Yo me acuerdo cuando se le quemó la casa a Santiago Canela, el tejado, que le cayó un rayo. Estábamos en el bar, y había baile. Tal cual aquello, se apagó el fuego y al otro día, todo el pueblo... y en dos días, el tejado hecho. Y la calle limpia, y aquí no ha pasado nada - dice Martín-.

-Antes había más unión entre las personas y menos miedo - dice Armonía-. Ahora -en la ciudad- casi no te hablas con nadie. A veces, ni con los de la escalera. Cada uno va a la suya. Se vive diferente. Hay mucha soledad. Desde que estábamos aquí, ahora en las capitales, es un cambio de vida muy diferente.



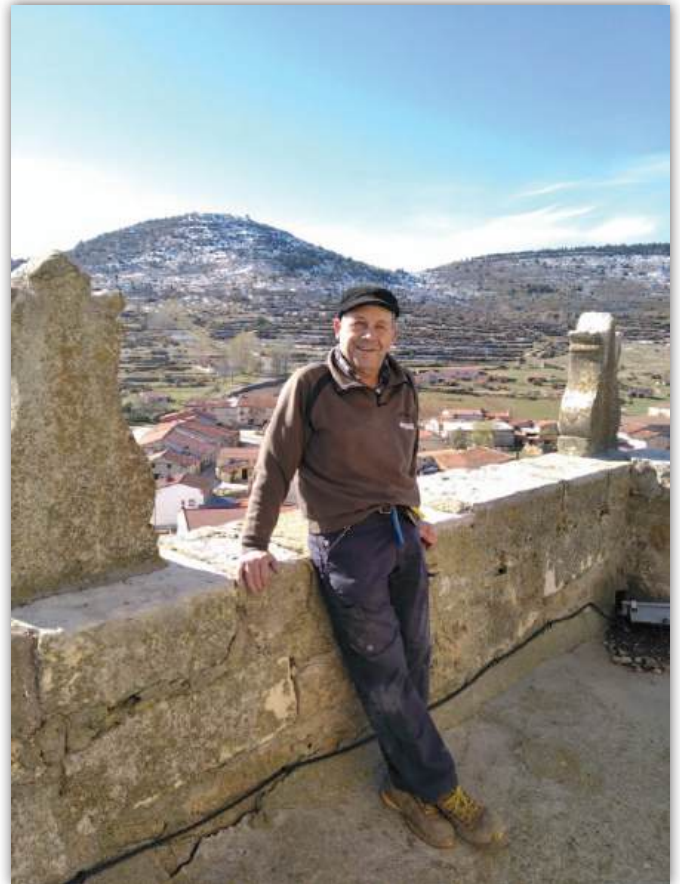
Martín Domingo Murciano y Raquel Cadierno Domingo

Ángel Baltasar Murciano

La vida de un legionario

Mis abuelos maternos eran Cesario y Romana. Tuvieron cinco hijos: Antonio, Daniela, Andrés, Florentino y Petra (que era mi madre). Por la parte de mi padre, estaban los abuelos Sabino y Águeda, y Luis, Pio y Ángel que eran los hermanos de mi padre. Mi primer apellido es Baltasar porque mi padre vino de Cáceres. No le conocí, murió de cáncer cuando yo tenía cuatro días. Mis padres, como tantas otras familias de aquí de Jabaloyas, cuando se iban a Cáceres a hacer el carbón, se iban andando catorce días, y se llevaban las cabras, las gallinas, y los chiquillos pequeños. Iban el tío Pablo, el padre de Teodoro, el abuelo de Mari Carmen la de Melchor... varias familias iban a hacer carbón a Cáceres. Y cuando llegaban allí, con madera tenían que hacer un chozo para vivir en el bosque. Y pasaban allí tres meses de invierno. Y en una de aquellas épocas, nacieron mi abuela y la de Mari Carmen, la de Melchor, que eran mellizas, Rufina y Romana. Mi bisabuelo se llamaba Josete; tú imagínate, la mujer de parto, y nacieron en el camino. Hicieron un ataúd porque pensaron que no sobrevivirían, porque las vieron muy débiles, tenían siete meses, pero sobrevivieron. Había lobos entonces.

Yo nací el 14 de junio de 1949. El 18 de junio murió mi padre, en Barcelona. Me quedé huérfano de padre con cuatro días. No me llegó a conocer. Mi hermana tenía dos años y medio. Entonces vino mi tío Florentino y se las llevó, porque mi madre no estaba en condiciones. Con dos años, mi madre me llevaba al huerto, y me dejaba en una mantita en un rincón, mientras trabajaba. Los vecinos me abrían la puerta con la llave que había en la gatera. Mi hermano se fue con mis abuelos y yo con cuatro años me quedé aquí con mi madre. Cuando tenía yo siete u ocho años, mi madre se casó otra vez con un hombre que tenía dos hijos, Cándido y Ángel. Las cosas no fueron bien. El hombre era un poco especial. Y un día con siete años cogí yo y me vine, de Tormón a aquí. Cándido y Ángel eran chiquillos, como yo. Un día discutimos y vino el hombre y me quería pegar. Vino con un cuchillo así de grande, y yo cogí y me escapé, de noche. Cogí mi gato y me vine aquí, a casa de las Mansillas, porque mi vida corría peligro. Los vecinos fueron a buscar a mi madre, y ella se vino para el pueblo ya. Las Mansillas se portaron siempre como mis padres. Aquel hombre vino después varias veces, pero mi madre dijo que no. No me acuerdo cómo se llamaba aquel gato, pero sí de otro, Copito, que nos seguía a todas partes en el campo. Durante años tuve pesadillas. La cama se hundía como si se hundiera



en el fuego. Y otras veces volaba sobre mi casa y veía lo que había arriba. Eso me pasó desde que vine de Tormón con siete años hasta los trece o catorce años. Hasta tal punto, que un día cuando yo tenía catorce años, subí a lo alto del tejado por unas goteras, y lo que yo veía estaba ahí. Había un letrero en una teja que decía "Cristóbal Murciano", y esa teja estaba donde yo la había visto.

-¿Has podido seguir haciendo eso de mayor?

-No.

-¿Pasó algo a los catorce años que coincidiera con el fin de aquello?

-Fue la última vez que vino aquel hombre. Había vuelto a aparecer varias veces con intención de llevarse a mi madre. Aquel día, cuando yo tenía catorce años, yo estaba sentado fuera, en el poyo de piedra. Al lado había leña que había traído mi madre. Ese hombre vino con un caballo blanco, con muy poca educación, acercándose me los morros del caballo, me dijo "¿está tu madre?" Y yo "pues sí". A ese hombre le tenía mucho odio. Como le vi venir, yo ya estaba preparado. Cogí un palo y me lié a



8 • El Escaramujo



pegarle palos. Se dio media vuelta y no le vi nunca más. Y se acabaron las pesadillas. Años después, cuando tenía dieciocho o veinte años, estaba en el baile y alguien me dijo “esos chicos son los hijos de aquel hombre”. Y los traje a cenar a casa. Porque ni ellos tenían la culpa ni yo tampoco.

Cuando mi madre se iba al campo a trabajar, cuatro conejos y cuatro gallinas eran mis amigos, hasta que venía Dolores, Florencia o Longina, abrían la puerta y me sacaban a la calle. Fui al colegio desde los seis a los once años. Me acuerdo que yo llevaba un año en el colegio cuando vinieron los mellizos de los Herreros, Joaquín y Manuel. Su madre, la tía Carmen, traía uno en cada mano. Yo con once años tuve que ponerme a trabajar, con Zagal. Me pagaban cada día una peseta y la comida. Al llegar allí se me rompieron las albarcas, y tuve que trabajar todo el mes para poder comprarme unas albarcas. Estuve trabajando cuatro años. Un día me mandaron a Villalba con la yegua, a treinta kilómetros, para que la cogiera un caballo. A las cuatro de la mañana con la yegua, que sentía el búho, me daba un miedo... La yegua sabía el camino, ella me llevaba. En el mes de junio, me iba a esquilar ovejas con el tío Quintín, Canela, el padre de Santiago; el padre de Amor, el tío Leonardo; Antonio notario, el padre... iban cinco hombres a esquilar y cinco chiquillos a darle a la manivela. El primer día que fui a esquilar, yo me quería morir, porque no tenía fuerza para hacer eso; cuando tenía catorce o quince años, ya podía, pero no con los trece años que tenía. Ahí nos pagaban cada día veinticinco pesetas, y era un jornalico. Con catorce años me fui a Teruel a estudiar en la escuela industrial. Como mi madre no tenía dinero, tuve que dejarlo. Y ya con dieciséis años, me fui a Barcelona. Allí ya estaban mis tíos y mis abuelos. La primera en irse fue mi tía Elena, que no quería ir pastora. A raíz de eso, se fueron mis abuelos, y luego el resto. Estuve un tiempo con mi tía Elena. Allí fui aprendiendo el oficio de electricista y fontanero. Además del oficio, allí me metí de árbitro de fútbol. Estuve cinco años de árbitro. He llegado a pitar en el campo del Barce-

lona, el Nou Camp. Tengo ahí todavía el escudo de ábrito, las tarjetas, y hasta algunas actas.

-¿Alguna vez tuviste algún problema, que te quisieran canear o que te ofrecieran dinero para hacer que ganara un equipo?

-Pues de todo ha habido-, dice Ángel-. Primero empecé jugando al baloncesto, pero un día me cabreé, porque hicieron un arbitraje mal, un jugador hizo que me cayera al suelo, me partí el labio, el árbitro me pitó; me levanté y le pegué dos puñetazos. Me dice el entrenador “pues ya no juegas más” y yo dije “pues adiós” y me fui, y entonces me metí de árbitro de fútbol. Conocí Cataluña, cada día un pueblo, y me ganaba un dinerillo. Ya con veintiún años, me fui a hacer la mili al Sáhara oriental a África. Me fui a la legión porque te daban más dinero, y porque veía más el mundo.

-Y ¿cómo era aquello?

-Pues un desierto de trescientos kilómetros, todo arena, no veías la sombra de un árbol. Pero dentro del recinto estaba bien: tenía piscina, cambo de fútbol, bar... Cada día hacíamos marchas. Me apunté a correr, a baloncesto... a todo lo que veía. Cada día me hacía veinticinco kilómetros a Esmara y volver. Yo estuve allí hasta que comenzó la Marcha Verde. Íbamos siete; teníamos la misión de proteger a los mandos, de ir a buscar a la gente que se perdía, de proteger la cinta de fosfatos, que por eso España dejó aquello, porque allí había una mina de fosfatos, y había una cinta de ciento sesenta y ocho kilómetros hasta Esmara. Nos ponían bombas cada día los del Frente Polisario, el Frente de Liberación del Sáhara, y nosotros teníamos que hacer de vigilante cada día.

-¿Y por eso España dejó el Sáhara?

-Dejó el Sáhara porque Estados Unidos manda más y Alemania manda más. Lo mismo que ahora: ¿por qué Pedro Sánchez ha cambiado ahora? Porque Estados Unidos le ha dicho: “esto es lo que hay, lo quieras o no; estás en la OTAN, hay que ir contra Argelia, hay que ir contra Rusia..., y España y Europa, a callar”. Varias veces tuvimos que ir a la frontera, a los marroquíes. Montábamos en el helicóptero, y a cierta altura, a saltar.

-Para ti, ¿fue muy duro aquello?

-Para mí fue bastante normal aquello; yo me adapté fácilmente, porque estaba habituado a la vida dura. Había por allí chicos que venían ya con la carrera, y acostumbrados a tener criadas en su casa, y venían llorando, porque aquello para ellos era un mundo. Yo venía del pueblo, y para mí aquello era normal. Y me gustaba correr... nos hacían ir a buscar alguno, y a lo mejor lo encontrábamos cosido a puñaladas. Había de todo, desde drogadictos hasta gente de mal vivir. Una vez un hombre desertó, y cogió un Land Rover de La Legión, y fuimos a buscarlo, y lo encontramos a trescientos kilómetros. Le dimos el alto,

y él disparó con el fusil, por lo que tuvimos que responder. Era lamentable, pero cosas así, ocurrían. Salíamos a correr, y a veces las balas pasaban por encima de nosotros. Los marroquíes siempre hostigaban y mandaban a los del Frente Polisario, que era un movimiento de liberación de allí, y lo que hacían era ponernos bombas a los legionarios españoles. Nosotros cada semana pasábamos con camiones de abastecimiento por todo el territorio, con agua, sal, aceite... las cosas básicas, a los que hubiera en las jaimas, se les abastecía. En aquel momento, el Frente Polisario, apoyaba a Marruecos, pero cuando nos fuimos los españoles, vieron que estaban mucho peor. Y luego vinieron Estados Unidos, los alemanes... Ahora cuando dicen "hay que hacer algo por el Sáhara" digo "coño, a mí me ponían bombas para que nos fuéramos". Estuve allí quince meses.

-¿Desde allí te escribías con tu madre?

-Sí, y con la chica esta -dice Ángel, señalando a su mujer, Encarna.

-Y a la chica, ¿cuándo la conociste?

-La conocí en el pueblo, con veinte años, ya nos veíamos aquí a las fiestas. A mí el pueblo me ha gustado siempre. En las vacaciones, me venía aquí a trabajar. Después del Sáhara, me fui a Barcelona, y allí ya decidimos casarnos. Encarna entonces estaba en Teruel. Pedí una excedencia en el arbitraje, pero ya no volví. Además, lo que no me gustaba es que me presionaban para favorecer a quien ellos querían. Así que me dediqué a mi trabajo. Mi madre seguía en el pueblo, y con el jornalillo que se fuera sacando y lo que le enviábamos, se iba pagando la Seguridad Social. Mi madre había estado con mis tíos en Barcelona, pero no se adaptaba, y se volvió al pueblo. Hasta que un día vimos que mi madre ya no podía estar sola, y decidimos llevárnosla a Barcelona. Estuvo once años, hasta que murió. Mi madre estaba en silla de ruedas. Estuvo siete años en silla de ruedas, cuatro años tumbada. Yo he traído aquí a mi madre en silla de ruedas, hasta en tumbona, cuando ya no podía estar sentada. Llevé a mi familia en la furgoneta que tenía grande, y luego, en el mismo día, volví a por mi madre y me la llevé en una tumbona. Mi madre cuando venía aquí, era feliz. Y no hay más.

-Ángel, hablemos de los fósiles.

-A mí los fósiles, toda la naturaleza, me ha encantado siempre, y si veía una piedra curiosa, me atraía. Yo tenía dos años cuando mi madre me llevaba en brazos al Molinillo, yo me entretenía si veía alguna piedra que me gustara. Incluso cuando estuve en el Sáhara, en La Legión, también traje cosas. Aquí el tío Cristóbal, me gustó mucho lo que tenía él, Pepe el Capador también le gustaba...

-¿Te acuerdas de alguna anécdota en especial de tus años en Jabaloyas?



-Pues un día vino por aquí Marcial, hermano de Florencia, y me dijo "me salvaste la vida". Me recordó cuando yo tenía diez años y él seis o siete, ahí en la puerta de mi tío Florentino había una balsa de agua que bajaba desde La Canal, y se hacía hielo. Y ahí íbamos los chiquillos y patinábamos. Estábamos patinando, y él llegó a la orilla y como la orilla es más inestable, desapareció bajo el agua. Había como medio metro de agua, y nosotros estábamos arriba en el hielo. Me dio tiempo cogerle del pelo y sacarlo. Habría como medio metro de agua. Luego la madre le puso al fuego para calentarle. También otra anécdota, como muchos de Jabaloyas, me ha tocado hacer varias veces de bombero. He ido a apagar tres incendios graves en Jabaloyas. La primera tenía diecinueve años, estaba bailando en el baile y avisaron, y todo el mundo a apagar el fuego entre el límite de Valdecuenca y Jabaloyas. A Ligros otra vez, y luego en Rubiales, cuando estaba Antonio Sánchez de alcalde, pidieron voluntarios, y fuimos Marcial, Cecilio y unos cuantos. Otra recuerdo que tengo, era yo muy pequeño, siete u ocho años, aquí atrás yendo hacia el cementerio, hay un huerto que está abandonado, que es el huerto de Bienvenido, ahí sembraron patatas. Y otro niño, Jesús y yo, dijimos "vamos a coger patatas". Y había llovido tanto que nos pusimos allí que cuando nos quisimos ir, Jesús no podía salir, se había quedado atascado, y yo tirando, y no salía, y tuve que venir a buscar a mi madre, y al tío Pablo, el padre de Teodoro, que tuvo que venir a sacarlo. La Encarna se iba a buscar nidos, y cuando vino su madre, dijo "su madre estará llorando" y se lo hizo devolver a su sitio. También me acuerdo con los chiquillos de mi edad, Manuel, Joaquín... cuando conseguíamos reunir una peseta o un duro, comprábamos sardinas, algo de dulce y un poco de vino, y hacíamos la merienda por ahí. No había más, es lo que había. 🌿

Raquel Cadierno Domingo



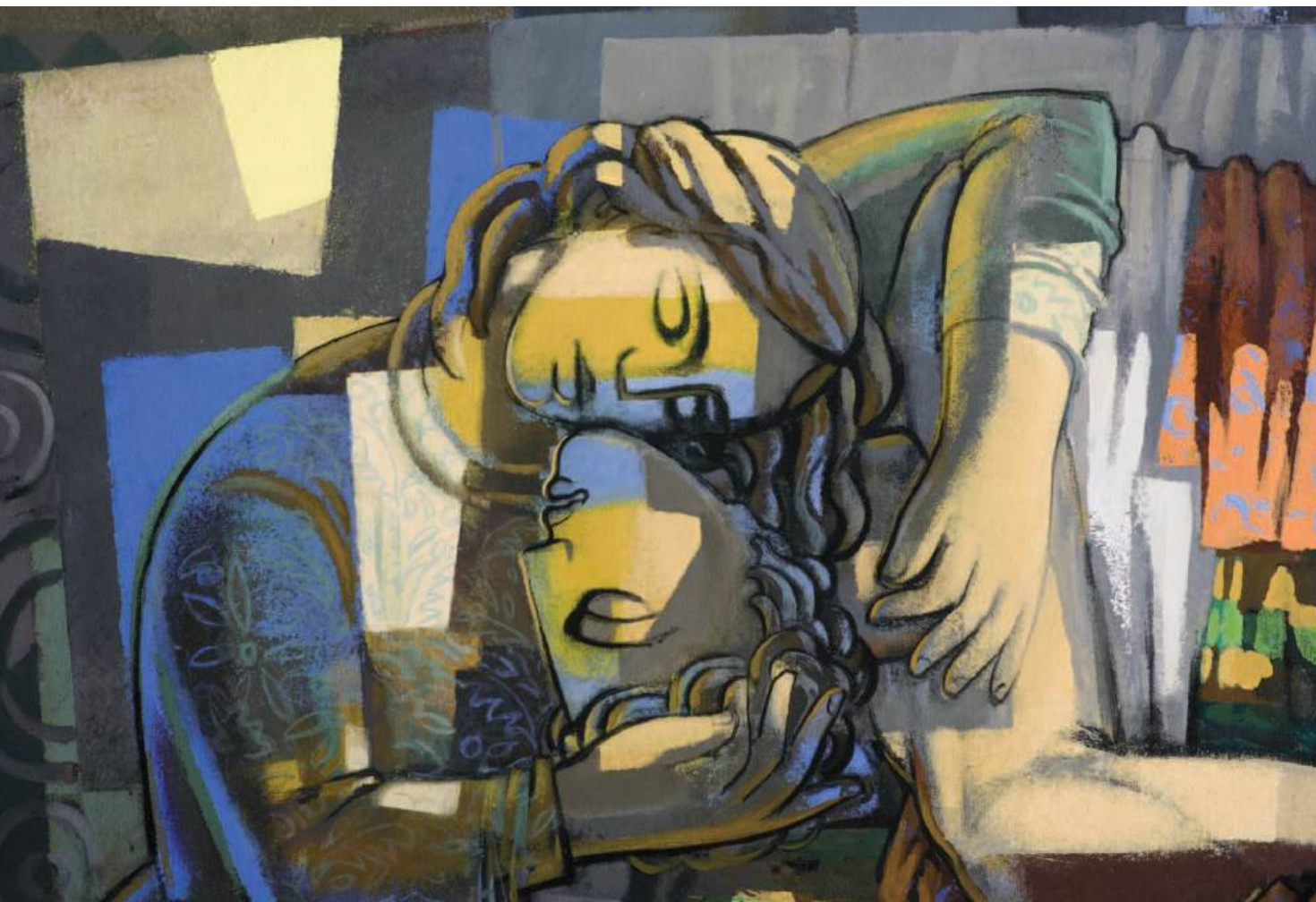
Los Amantes de Teruel y su Mausoleo

El amor forma parte del imaginario colectivo de Teruel. Desde niños, nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros profesores nos cuentan la Historia de los Amantes de Teruel con todo el orgullo y la pasión de quien considera como suya una historia. Una triste pero bonita historia de amor que, a su vez, seguiremos contando a las generaciones futuras, porque eso que sucedió hace ya muchos siglos siempre está y estará de actualidad y es además por ella por la que nos conocen en el exterior, por la Historia de Los Amantes de Teruel.

Los turolenses, desde siempre, nos hemos implicado en que esta historia se recuerde, pero también han sido muchos artistas, literatos, escultores, pintores, músicos, que a través de sus documentos, escritos, obras, cuadros, partituras, han engrandecido esta historia y han contribuido a que los Amantes de Teruel, sean una de las parejas más conocidas y universales.

El relato de los hechos

La historia de los Amantes procede de una antigua tradición, posteriormente documentada. En los primeros años del siglo XIII viven en la ciudad Juan Diego de Marcilla e Isabel de Segura, cuya temprana amistad se convierte pronto en amor. Rechazado por la familia, al carecer de



El amor Nuevo, Jorge Gay, 2005.

bienes de fortuna por segundón, el pretendiente consigue un plazo de cinco años para enriquecerse. Parte a la guerra y regresa a Teruel cuando expira el plazo. Isabel es ya esposa de un hermano del señor de Albarracín. Consigue Juan Diego entrevistarse con ella en su casa y le pide un beso. Se lo niega Isabel y el joven muere de dolor. Al día siguiente se celebran los funerales en la Iglesia de San Pedro. Se acerca al féretro una mujer enlutada: es Isabel que quiere dar al difunto el beso que le negó en vida. Lo hace y repentinamente muere junto a él. La ciudad quedó tan conmovida por tan trágico suceso que decidieron enterrarlos juntos en la Iglesia de San Pedro.

El reposo de los Amantes

Tras su muerte en el año 1217, los Amantes de Teruel fueron enterrados en la Iglesia de San Pedro, en la Capilla de San Cosme y San Damián. Fue en 1555, en el transcurso de unas obras realizadas en dicha capilla cuando aparecen los cuerpos de los Amantes de Teruel, aunque su exhumación definitiva no será hasta 1619, cuando el notario turolense Yagüe de Salas, tras haber encontrado “un papel escrito de letra antigua”, que contenía la Historia de los Amantes de Teruel y que afirmaba que Marcilla y Segura reposaban en esa capilla, levante acta notarial de la exhumación. Esta historia de los Amantes siempre ha desatado un gran interés. De hecho, unos días antes de que el propio notario diera fe de que estaban allí los cuerpos de los Amantes, tres racioneros y el sacristán de la Iglesia de San Pedro desenterran los restos, sin permiso alguno, solo movidos por saber si era verdad y comprobar que era cierto lo que habían oído al respecto de su existencia en esa capilla.

A partir de 1619, los restos de los Amantes comienzan a ser mostrados al público de forma permanente. En un primer momento fueron expuestos en la misma capilla que los encontraron. A principios del siglo XVIII los llevan al Claustro de la iglesia de San Pedro en un panteón vertical con una puerta que al abrirse permitía ver los cuerpos. Ya en el siglo XIX debido a la visita del rey Fernando VII los trasladan a la sacristía de la iglesia y a mediados de ese mismo siglo se trasladan al Templete de madera que todavía hoy podemos contemplar en el Claustro de San Pedro. A principios del siglo pasado deciden mostrarlos en la misma capilla en la que los encontramos ahora, la capilla del Sagrado Corazón en unos sarcófagos de madera. Unos años más tarde, con motivo de la guerra civil, con el fin de protegerlos, se llevan a los sótanos del Convento de las Carmelitas Descalzas, donde las monjas los mantuvieron expuestos para que las tropas los visitaran. A mediados del siglo XX Juan de Ávalos realiza su definitivo mausoleo y a principios del siglo XXI el arquitecto Alejandro Cañada diseña el actual edificio que los alberga.



Capilla de los Amantes de Teruel. Esculturas de Juan de Ávalos, 1955.

El Mausoleo de los Amantes

En los años 50 del siglo XX, con motivo de la celebración del 400 Aniversario del descubrimiento de las momias, las autoridades del momento se plantean dignificar el lugar en el que reposaban los Amantes y encargan el actual Mausoleo al escultor extremeño Juan de Ávalos. Para sufragar los gastos de esta obra artística se realizó una suscripción popular en la que numerosos ciudadanos de Teruel y de otras partes del mundo contribuyeron con sus donativos al pago de la misma.

Las esculturas reposan con sus cabezas ligeramente inclinadas una hacia la otra, y la mano de Isabel está extendida hacia la de Juan sin rozarse, sin llegar a unirse, gesto que simboliza su amor imposible. La base de las cajas de celosía son dos esculturas labradas en bronce. Debajo de Isabel



Exterior del edificio del arquitecto Alejandro Cañada, 2005.

hay un ángel que simbólicamente significa obediencia (a su padre, su marido...), y debajo de Juan un león que podemos interpretar como nobleza, hidalguía, fuerza, ya que se fue a luchar por amor. Estas esculturas fueron limpiadas y restauradas en el año 2004, momento en el que se estaba realizando el actual edificio que alberga el Mausoleo de los Amantes. Fue éste también el momento de descubrir las momias, de limpiarlas y conocer con la ciencia de la mano si estos eran de verdad Isabel y Juan. Les practicaron las pruebas del Carbono 14. Con los datos de este estudio no podemos saber con exactitud si los que ahí descansan son ellos ni si murieron de amor, pero sí que los cuerpos pertenecen a un hombre y a una mujer del momento de la tragedia. Pero lo más importante es que han pasado muchos siglos y todavía hoy la ciudad de Teruel los recuerda, los admira y siente como propia esta bonita historia de amor.

Los Amantes, fuente de inspiración

Desde su origen hasta nuestros días, la Historia de los Amantes ha servido como fuente de inspiración para muchos autores de todas las disciplinas artísticas.

El mundo de la Literatura es una buena muestra de ello. Son muchos los escritores que han tratado este tema, uno de los más relevantes aunque no de los primeros fue Tirso de Molina que escribe en el siglo XVII su obra *Los Amantes de Teruel*. A él hay que atribuir el uso del nombre "Diego" para denominar al Amante. Un nombre que tanto se popularizó, frente al de "Juan", que aparecía en la documentación histórica, que terminó por imponerse en versiones posteriores y que ha llegado hasta nuestros días. Quizá una de las obras más importantes, que más éxito tuvo en su época y que contribuyó claramente a que esta historia de los Amantes fuese conocida por todos fue el drama romántico titulado *Los Amantes de Teruel* de Juan Eugenio Hartzenbusch, escrito en el siglo XIX y cuyo estreno tuvo lugar en Madrid en 1837. Recibió una gran acogida por

parte del público y supuso el comienzo de la carrera literaria del autor que llegó a ser Director de la Biblioteca Nacional. Pero esta historia, todavía hoy, sigue interesando a grandes escritores de fama internacional. Javier Sierra en 2015 escribe el libro titulado *Una Noche con los Amantes de Teruel*, tras pasar una noche, a solas, en el Mausoleo de los Amantes. Dos años después, en 2017, con motivo del 800 aniversario de los Amantes de Teruel, Javier Vázquez escribe el texto de la radionovela titulada “Y si fuera posible amar”, una obra que se puede escuchar y también leer en un libro con ilustraciones de Silvia Hernández.

La música, la danza, el cine y el teatro también han tomado como fuente de inspiración la Historia de los Amantes. En el siglo XIX destaca la ópera *Los Amantes de Teruel* de Tomás Bretón que se estrenó en Madrid en 1889 con un éxito sin precedentes en la música española. A mediados del siglo XIX Mikis Theodorakis compuso *Luna de miel*, melodía inspirada en los Amantes de Teruel que terminó siendo un éxito internacional y que ha dado lugar a multitud de versiones incluida una de Los Beatles en 1963: *The honey-moon song*, otra de Gloria Lasso y otras más recientes de Ma José Hernández o Zahara. También la cantante francesa Edith Piaf puso voz a esta historia con el tema Les Amants de Teruel. Y ya en el siglo XX Jesús María Muneta les compone su himno. Una de las últimas obras realizadas es la ópera *Los Amantes* compuesta por el nominado a un Oscar y ganador de un premio EMMY a la mejor partitura, Javier Navarrete, que fue producida por La Fundación Amantes de Teruel y representada en la Iglesia de San Pedro en los años 2017 y 2018.

La danza no ha sido ajena a esta historia. En 2007, el director y bailarín Miguel Ángel Berna, llevó a escena el espectáculo *Amores*. El espectáculo recrea la Historia de los Amantes de Teruel, y la puesta en escena combina la danza, la música y una artística escenografía diseñada por el pintor Jorge Gay.

El mundo del cine también les ha dedicado su espacio. A la segunda mitad del siglo XX pertenecen varias películas inspiradas en los Amantes: la película inglesa *Honeymoon*, dirigida por Michael Powery con banda sonora de Theodorakis y Manuel de Falla; y el filme francés *Les Amants de Teruel*, dirigida por Raymond Rouleu y en cuya banda sonora vuelve a participar Theodorakis. Más recientemente y desde 2017 se celebra en Teruel el Rally cinematográfico

Desafío Buñuel en el que muchos de los cortos realizados y premiados en diversos festivales nacionales e internacionales han tenido como fuente de inspiración a los Amantes de Teruel. Por último, todos los meses de febrero desde 1997, tienen lugar “Las Bodas de Isabel” una representación teatral de la Historia de los Amantes por las calles de la ciudad de Teruel.

La pintura también se ha inspirado en la historia de los Amantes de Teruel. Preside la sala principal del actual Mausoleo de los Amantes el cuadro titulado *El Amor Nuevo*, un mural pintado por Jorge Gay entre los años 2004 y 2005 para este edificio. Esta pintura a modo de recuerdo y homenaje tiene exactamente las mismas medidas que el famoso cuadro “Los Amantes de Teruel” que Muñoz Degraín pintara en el año 1884 y que hoy podemos encontrar en el Museo del Prado, uno de cuyos bocetos puede verse en la pared de enfrente de este mural en el mismo Mausoleo, que fue comprado por la Fundación Amantes de Teruel en 1999. Se trata de una obra original del mismo autor y presenta muchas similitudes con respecto al grande. En esta obra el pintor acentúa en el rostro y cuerpo inerte de la amante, el gesto de dolor y la absoluta dejadez de su mortal abatimiento. Estos dramáticos rasgos son mucho más tenues en el lienzo del Museo del Prado.

Justo al lado encontramos el primer cuadro conocido que reproduce el tema de los Amantes de Teruel. Lo pinta Juan García Martínez en el año 1857 y supuso un hito en la historia de la pintura española. Esta obra fue premiada en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1858 y pertenece al Museo del Prado, ahora en depósito en la Fundación Amantes desde diciembre de 2017. La historia de los Amantes sigue inspirando a artistas contemporáneos. Muestra de ello es el cuadro adquirido por la Fundación Amantes de Teruel en 2016 y realizado por el artista Mariano Calvé. Una obra de técnica mixta que el mismo autor describe como símbolo de “Poder llegar, poder volver, poder reencontrarte con la persona amada”.

Y en este empeño de seguir engrandeciendo la historia de Isabel Y Diego es en lo que trabaja la Fundación Amantes de Teruel; en que esta bonita historia de Amor siga perviviendo por los siglos de los siglos. 

Patricia García Pérez
FUNDACIÓN AMANTES DE TERUEL





Reseña literaria

Como es sabido, una reseña es un texto de tipo expositivo o argumentativo en el que se aborda un producto cultural (llámese libro, filme, espectáculo...) con la finalidad de establecer su importancia, su interpretación o la opinión del reseñista. Dicho esto, consideramos que en nuestra revista de “El Escaramujo”, siendo una revista cultural de Jabaloyas, se publiquen libros que tengan que ver con nuestra localidad. Así y, para empezar, vamos a realizar una reseña de dos libros publicados por el mismo autor D. Frutos Aspas Rodríguez, recientemente fallecido y nacido en Jabaloyas, gran amante de su pueblo y un investigador infatigable, dedicando muchos años a recopilar datos históricos en los diferentes centros culturales de la sierra de Albarracín sobre el origen de su pueblo, la vida de sus gentes y en definitiva la etnografía de Jabaloyas. Sirvan estas reseñas como homenaje a la dedicación que D. Frutos Aspas ha demostrado, a lo largo de su vida, con estima, orgullo y cariño hacia su pueblo natal.

El primer libro, y por orden cronológico se titula:

“JABALOYAS: SUS COSTUMBRES Y SUS FIESTAS”

FICHA TÉCNICA:

Autor: Frutos Aspas Rodríguez

Editorial: CECAL

(Centro de Estudios de la
Comunidad de Albarracín)

Edición: 2011

Núm. Páginas: 63

Género literario: Historia



“Jabaloyas, pueblo de brujas, es el sobrenombre que en realidad surgió de la casualidad producido por las mentes enfermizas y supersticiosas de unos arrieros” Con esta cita empieza en su primer capítulo a justificar el sobrenombre de pueblo de brujas. D. Frutos Aspas cuando publicó el presente libro tenía 86 años, pero con los recuerdos muy cercanos sobre su querido pueblo en lo relativo a las fiestas y estampas, algunas de las cuales, hoy en día, han desaparecido.

El autor nos hace reflexionar sobre la incomunicación que sufría el pueblo antiguamente, pero se aferraban a las tradiciones festivas heredadas de los antepasados por parte de aquella juventud que daban vida y futuro al pueblo, pero que hoy en día Jabaloyas forma parte de la España vaciada por la emigración progresiva de su población. Pero ahí están nuestros mayores recordándonos las costumbres y las fiestas que se celebraban, el autor las enumera y comenta cronológicamente: S. Antonio Abad, El carnaval o carnestolendas, el entierro de la sardina, la Pascua de Resurrección, los mayos de Jabaloyas (el romance de los mayos), la fiesta de los mozos, las enramadas de S. Juan, S. Cristóbal, patrón de Jabaloyas, la fiesta de la Virgen del Rosario y las capeas de toros, S. Miguel, 29 de septiembre, fiesta del matadero y el día de los inocentes. Fiestas, unas de carácter religioso y otras ancestrales con raíces pastoriles y ganaderas.

El objetivo del autor con la publicación del presente libro está sobradamente conseguido. D. Frutos Aspas es un reconocido etnógrafo porque ha realizado una detallada descripción de las costumbres de su pueblo natal relatando sus fiestas y tradiciones. El estudio histórico puede que no sea académico, pero sí veraz y etimológico. El lenguaje utilizado por el autor es narrativo con fácil comprensión y argumentación, cabe señalar que en algunos casos el estilo literario es coloquial, algunas palabras forman parte de expresión local realzando mucho mejor el texto.

El libro aporta ancestralmente mucha curiosidad y relevancia. A la pregunta de ¿a qué personas puede gustarle? Le contestaría que, a la gran mayoría, lo recomendaría a todo tipo de población, pero especialmente a la juventud. Sería interesante que conocieran cómo se vivía anteriormente, sin wasap, sin móvil, sin redes sociales... y a pesar de todo ello, las personas tenían una formación moral y ética muy completa

El segundo libro publicado por el mismo autor se titula **“JIRONES DE MI PUEBLO”**

FICHA TÉCNICA:

Autor: Frutos Aspas Rodríguez

Editorial: Frutos Aspas Rodríguez

Edición: 2014

Núm. Páginas: 159

Género literario: Historia



La Real Academia de la Lengua define a la palabra jirones como parte o porción pequeña de un todo, retazos. Y así se puede entender el trabajo realizado por el autor del libro en el que estuvo investigando durante cuarenta años de forma metódica convirtiéndose en una crónica oficial de un gran valor histórico y sentimental y más si tenemos en cuenta que la gran mayoría de los documentos históricos y municipales de Jabaloyas ardieron

durante la guerra Civil de 1936. Podemos considerar este libro como un trabajo academicista al observar en sus anexos y en su lista de documentos localizados como de un extenso y meticuloso trabajo en archivos, bibliotecas y textos escritos por eruditos historiadores.

La obra de D. Frutos Aspas, el hijo del Capador del pueblo, contiene ocho capítulos.

El primer capítulo lleva el título de “Los primeros pastos” donde argumenta los orígenes del pueblo otorgándole un germen del asentamiento ibérico del Sabinar Llano, aunque justifica que no es el más importante” ... ***si atendemos a las teorías que revelan otro asentamiento en la cima del mismo Monte Javalón***” En este capítulo también se narra las colecciones del arte rupestre turolense en la Sierra de Albarracín documentándose sobre las descripciones de diversos especialistas.

“Otros ancestros jabaloyanos” es el título del segundo capítulo donde describe los remotos orígenes de aquellos primitivos pobladores y de lo que sería después Jabaloyas y dada la antigüedad del pueblo hay una disparidad de criterios en ciertos historiadores donde unos atribuyen la fundación a los Fenicios, otros, a los romanos y hay quien asegura ***“con criterios más fundados, que fueron los árabes, de ahí el origen de su nombre Jabaloyas”***. También analiza el recinto amurallado donde se construyó la iglesia.

En el tercer capítulo “Un tesoro entre montañas” bien lo podríamos denominar un estudio geográfico detallado de la población: su orientación geográfica, demográfica, la inmigración, geodésica, vial, caminos forestales, zona montañosa, climatológica, la idiosincrasia y sin olvidar la base económica: la agricultura, ganadería y antaño la madera.

“El castillo del Monte Javalón: Fundación y repoblación a Jabaloyas” es el título de cuarto capítulo y donde se estudia y documenta la primera vez que se cita el pueblo de Jabaloyas en el año 1210 cuando Pedro II de Aragón guerreaba con el rey moro de Valencia. En este capítulo el autor incluye la aportación del investigador Joaquín Javaloyas que nos instruye sobre el origen del pueblo mediante un análisis meticuloso de árboles genealógicos, archivos, textos y blasones de diferentes bibliotecas.

Llegados al capítulo quinto denominado “Jabaloyas, aldea de la Comunidad de Albarracín” detalla la relevancia histórica y el origen de la Comunidad de Albarracín y donde comenta literalmente: ***“El territorio estaba dividido en cuatro partes o sexmas, que tomaron los nombres de Jabaloyas, Bronchales, Villar del Cobo y Frías...”*** D. Frutos Aspas deja bien claro en sus argumentaciones que Jabaloyas fue importante como población desde la época musulmana y como parte del señorío de los Azagra. Cabe destacar en este capítulo la importancia de los Diezmos y Primicias que no dejaban de ser tributos que

se le pagaba al clero (bien al párroco o a la Diócesis) que se les exigían sobre los corderos, lanas, quesos y marzales en los meses de mayo o junio.

El capítulo sexto lo ha titulado “La religión y su legado artístico en Jabaloyas” Se introduce este apartado comentando la diócesis de Albarracín, así como sus iglesias, pero ciñéndose a la parroquia de Arroyofrio, la ermita de la Virgen de la Dolores y la iglesia parroquial de Jabaloyas: Nuestra señora de la Asunción enfocándolo como edificio litúrgico, medieval y público. En este apartado hace mención importante al Decreto 177/2012, de 17 de julio, del Gobierno de Aragón, por el que se declara la villa de Jabaloyas (Teruel) como Bien de Interés Cultural, en la figura de Conjunto Histórico.

“Cal y canto: el patrimonio civil inmueble” es como ha nombrado el autor al séptimo capítulo del libro y donde detalla con ayuda de ilustraciones las casas palaciegas de la época medieval: La casa de la Sirena, el núm. 9 de la plaza Mayor, Casa de Cristóbal Lázaro, casa de la familia Navarro, casa de Simón Sánchez, Casa César, la antigua Escuela de Niñas, la Herrería, Casa Cerco de la Iglesia núm.16, casa de los Diezmos, Escuela de Niños, antiguo horno... y termina haciendo referencia a la llamada ***Desamortización de Mendizábal*** donde también afectó al patrimonio público y privado de Jabaloyas, concretando cuáles fueron los bienes subastados en la población, aspecto más que curioso del inventario realizado.

Y terminamos con el último y octavo capítulo que, cómo no, lleva como título “el pueblo de las brujas” pero ¿cuál es el origen de ese sobrenombre? Realmente nadie lo sabe, teorías las hay y varias, como las comenta el autor en este libro.

Como conclusión, quisiera reconocer la importancia que tiene el presente libro en un doble sentido. Por un lado, el valor histórico de la extensa investigación y más teniendo en cuenta la dificultad que conlleva cuando ha desaparecido gran parte de la documentación por la inexplicable Guerra Civil. Y en segundo lugar el valor sentimental de los expedientes e informes investigados, hasta el punto de manifestar en la nota final del libro, lo siguiente: ***“Todos esos textos y revelaciones pasarán por deseo del autor, D. Frutos Aspas, a formar parte del legado histórico y cultural del municipio, a quién se cede en diversos formatos una copia de los documentos recopilados para que puedan acceder a ellos vecinos, curiosos e investigadores de cualquier lugar y conocer Jabaloyas ahora y en el futuro, a través de su increíble pasado.”***

Reitero mi reconocimiento a la labor investigadora, altruista y generosa de D. Frutos Aspas, demostrando su amor por su tierra, por su pueblo, por sus ancestros. D.E.P.



Julio Nando Rosales



PASATIEMPOS

SOPA DE LETRAS

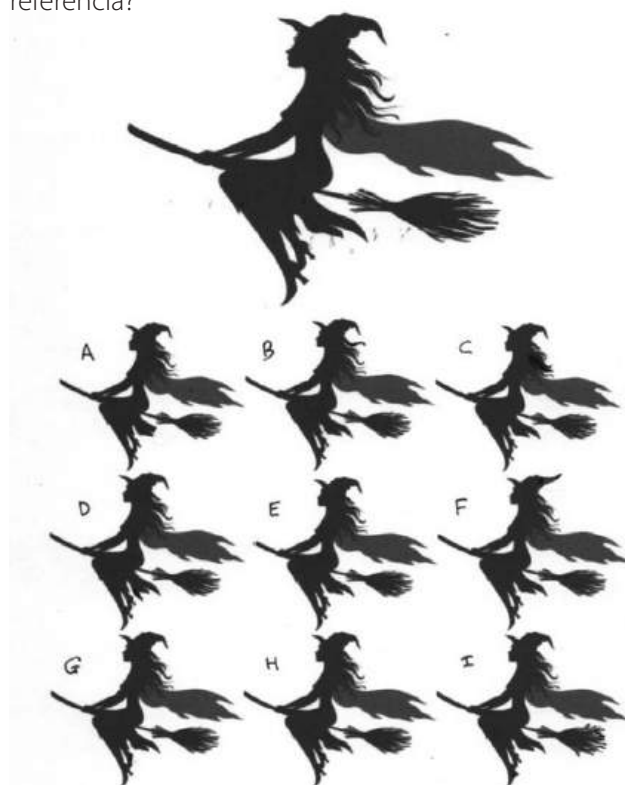
Descubre ocho pueblos de la comarca de la Sierra de Albaracín.

N E D R A M O L A C J
K O I R F O Y O R R A
J G D N T A S X B R B
T B X L A O A P O L A
A R Y P A V Z V V I L
W L O C O S E K Q R O
Y Q Q D B Q B A R N Y
V A L D E C U E N C A
X S Y G S N W S Y Y S
A L B A R R A C I N R
U B Z O Y H I S k Y C

Saldón, Valdecuena, Ródenas, Bezas, Calomarde,
Jabaloyas, Albaracín, Arroyofrío.

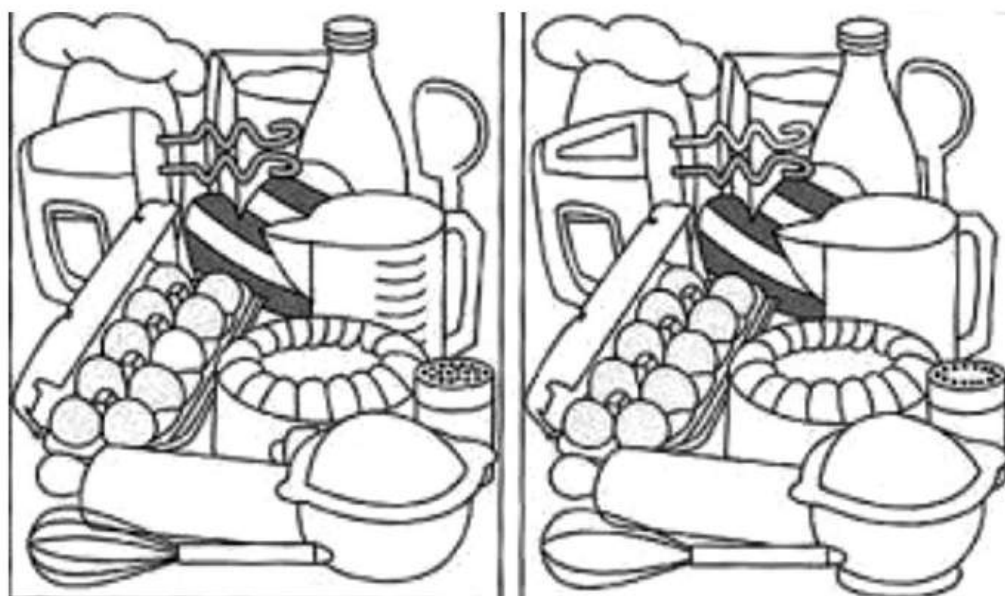
SILUETAS

¿Cuál es la silueta que se corresponde con el dibujo de referencia?



JUEGO DE LAS DIFERENCIAS

Encuentra los 7 errores en estos dos dibujos.



Paca y sus hermanas

Hace, mucho, mucho tiempo, en una época ya casi olvidada, que hace dudar si fuera leyenda o verdad, vivieron tres hermanas que fueron temidas y a la vez admiradas en toda la región de Albarracín. Vivían en una casucha detrás de la iglesia de la Asunción de Jabaloyas, de tal forma que la gente después de misa, iban al bar a echarse el vermut, y otros, así, de forma disimulada, se dirigían a la casucha para resolver sus asuntos más oscuros e inconfesables. Allí vivían la Paca, una muchacha bajita y regordeta, de carácter ufano y simpaticón, y sus hermanas Angustias –larga y seca como ella sola- y Prudencia –*la Pruden*, para los amigos, que eran pocos- que tenía una mirada temible, como si pudiera leer en ti hasta el más pequeño de los pecados, y te hacía girar y correr a tu casa sin mirar atrás. No se sabía muy bien cómo habían aparecido en el pueblo ni cuándo, pero las tres eran muy valoradas por sus conocimientos de las plantas medicinales del pueblo y su uso para curar todo tipo de dolencias. Otra cosa era –pero eso ya eran habladurías, no se podía demostrar- las tropelías que cometían con sus conjuros de amor, males de ojo y demás rituales de magia negra. Paca era más de curar esguinces y gastroenteritis, pero las otras dos buenas piezas la liaban parda en todo el pueblo con sus actos de magia negra. También leían las cartas del Tarot y contactaban con el más allá para asuntos de herencias y otros menesteres.

Con la presencia de estas mágicas hermanas, el pueblo estaba de lo más entretenido. Las noches de Luna Llena subían al Javalón a hacer sus aquelarres. Bailaban hasta el amanecer, haciendo corro y bebiendo del porrón, cuando la sed apretaba –son cosas del baile, que agota-. Tenían ciertamente ya un club de fans en el pueblo y en los alrededores. Venía gente de toda la comarca a conocerlas, y hasta habían hecho en el pueblo una guía de los sitios más visitados por cada una de ellas. Un día el alcalde tomó cartas en el asunto, porque todo esto se estaba yendo de madre, y les dijo si no les interesaría ampliar el negocio hacia otras localidades –en un hábil intento de volver a la normalidad, sin que las hermanas se molestaran, por temor a represalias, que Dios sabe qué podrían hacer estas mujeres amigas de la oscuridad en venganza...-. Paca, Angustias y la Pruden lo pensaron, y sorprendentemente, les pareció buena idea. Angustias opinaba que, dado el estado del mundo en aquel entonces –que, por desgracia, no difería mucho del que tenemos hoy en día-, era menester hacer algo y cambiarlo –a poder ser, a mejor- y allá que cogió su maleta de madera, con dos mudas, el peine, cuatro velas, y una pequeña hoz para

cortar hierbas, su collar de Ojo de Buey para que le diera protección, y el tablero de la Ouija, por si tenía que hablar con alguien del más allá para solucionar algo del más acá –hay que estar preparado para todo, no está de más-. Montar un consultorio más allá de Aragón le parecía ampliar territorio y añadir adeptos a su creciente club de fans. Estaba muy emocionada ante la idea.

La Pruden, a su vez, era más una mujer de letras. Gustaba ir a la Virgen y dar sus discursos sobre el bien el mal, sobre el mundo sobrenatural, el aprendizaje vital, el karma, la reencarnación y en general, cómo lo que hacemos bien o mal lo pagamos en esta vida –o la siguiente-. Estas eran las ideas de la Pruden –que aunque su nombre era *Prudencia*, sus opiniones no eran nada prudentes. Pensaba que todo se resolvería con un buen meteorito que mandara todo a escaparrar. Pero como todavía era joven, dentro de su oscuro corazón había una pequeña luz de esperanza. Así que pensó que lo mejor para cambiar las cosas era meterse en política, y revolucionar todo con sus ideas sobre el bien y el mal, lo que es justo y lo que no. Eso que ahora se dice que es cuestión de opiniones, Pruden entonces lo tenía muy claro. Así que también cogió su maleta de madera, pero esta vez llena de libros, sus quevedos de plata y una bolsa de monedas de oro, que intuía le vendría bien para ascender en el mundo de la política.

Así, las tres hermanas se despidieron entre lágrimas-bueno, sólo lloró Paca, que era más sensible la muchacha-. Le daba mucha pena abandonar Jabaloyas. Amaba sus atardeceres, el viento meciendo el trigo, las amapolas en La Veguilla, beber agua de la Portera de la Majada, mirar al Sol y la Luna en la casa de la Sirena, y jugar al guiñote con las amigas. También le gustaba cuidar de su huerto y de su gato Pepito, y ver la novela de las cuatro, que estaba muy interesante. Por todo esto y la cañada tan buena que traía los lunes, miércoles y sábados el del pan, Paca se resistía a irse. También porque tenía un amor platónico con el cartero, que sólo le llevaba cartas del banco y de los de *Compro Piso* –sí, en aquella época ya daban la murga, ya ves-. Pero ella se alegraba cuando le veía aparecer con su motillo y le contaba las noticias de la sierra. Podría haberle hecho la Paca un sortilegio de esos de amor, pero ella era una muchacha decente y no creía en las cosas forzadas. Así, pasaron los días, los meses y los años, y Paca se quedó cuidando de su huerto y de Pepito, mientras Angustias montaba un grupo llamado *Angustia Mágica* que prometía hacerte recuperar los amores perdidos, ganar dinero y perder peso en mes y medio. Tenía



muchos adeptos y pudo incluso abrir filiales por todo el país. Angustias le mandaba cartas a Paca hablándole de sus éxitos y a la vez, de lo angustiada que se sentía por el estrés y no poder atender su creciente negocio con la perfección a la que ella estaba acostumbrada a trabajar. Paca se angustiaba sólo de leer a su hermana. No sabía si alegrarse por su éxito profesional o si preocuparse por la angustia que reflejaba Angustia en su carta. A lo mejor es que por el nombre, estaba destinada a ello, pensaba la buena de Paca.

Por su parte, Pruden había escalado en el mundo de la política. Se había relacionado con un importante empresario –le costó su bolsa de oro– y ahora daba mítines sobre justicia social, vivienda libre y pagas. Las cartas de Pruden eran toda una reivindicación de derechos y quejas. Paca leía a Pruden mientras comía su cañada, y no sabía si alegrarse por su hermana Pruden, portada de periódicos, o preocuparse ante el aumento de impuestos a la clase trabajadora para pagar todos aquellos derechos que Pruden defendía. Además, Pruden le pedía a Paca dinero, para poder seguir escalando en el mundo de la política. Pero Pruden sólo tenía sus lechugas y sus patatas, al gato Pepito y su amor platónico por el cartero. Se acordó que entre las fajas tenía escondida la medalla de oro de la abuela. Con todo el dolor de su corazón de bruja buena, empeñó la medalla y le mandó el dinero a su hermana Pruden, pensando que era lo correcto, aunque en su interior algo le dijera que debía decir que no.

Paca atendía a los vecinos de Jabaloyas y les curaba sus dolencias. También venía gente de Valdecuencia, Saldón y a veces de Albarracín, pues sabían que tenía dotes y buen hacer para curar el cuerpo y los corazones. Paca había empezado a cultivar azafrán, y hacía infusiones con él. A los vecinos les gustaba, y ya le estaban haciendo pedidos de pueblos vecinos.

Un verano, vino el cartero. No traía cartas, sino la medalla que Paca había empeñado para ayudar a Pruden. Paca le invitó a un té de roca. Ambos se sonrieron y el cartero ya no se fue más. Se casaron en la ermita de San Cristóbal, y celebraron una fiesta a la que invitaron a todo el pueblo. Las hermanas de Paca no pudieron asistir, estaban muy atareadas con sus negocios tan importantes, cambiando el mundo.

Y los años pasaron, las cosechas y la nieve se sucedieron, y un día llamaron a la puerta de la casucha, y allí estaban las hermanas de Paca. Con canas, con más kilos, más dobladas, más cansadas. Pero eran Angustias y Pruden. Paca se lanzó a ellas y las abrazó, entre lágrimas. Las dos volvían con sus maletas de madera, con muchos más años y menos ilusiones. Angustias había cedido su puesto de directora en Angustia Mágica y había vendido las acciones. La empresa que creó con tanta ilusión, se había convertido en una forma de engañar a la gente para sacarles el dinero mediante falsas promesas. Aquello era todo lo contrario a lo que ella pretendía en sus inicios. Así que volvía a Jabaloyas hastiada y más angustiada que nunca. Pruden, por su parte, acababa de salir de la cárcel, después de haber sufrido una denuncia por desfalco, tráfico de influencias y revelación de secretos dentro de su partido. Al final le habían embargado todo, y venía apenas con lo puesto. De sus años de ilusiones de cambiar el mundo a través de la política, ya sólo le quedaba una condena y unos euros, para poder devolver a su hermana el dinero que hacía años le pidió por la medalla empeñada. Pruden se sentía frustrada y de vuelta ya de todo. En su afán por cambiar el mundo, Angustia y Prudencia sólo habían conseguido meterse en problemas y perderlo todo, hasta sus propios principios.

Las hermanas en cambio vieron a Paca contenta. Apenas había cambiado la casa. El huerto seguía ahí. Pepito dormitaba en la mecedora, en el regazo del cartero, que le acariciaba mientras hacía un crucigrama. El huerto estaba hermoso, y ya esperaban las vecinas a que Paca las atendiera. Paca, a través de los años, había vencido su timidez y había encontrado la felicidad ayudando a los demás y siendo un poco menos bruja.

–Nos fuimos lejos a cambiar el mundo, y no nos dimos cuenta que fue el mundo lo que nos cambió a nosotras– se lamentó Angustia.

–El mundo sólo cambiará cuando cada uno de nosotros se cambie a sí mismo –confirmó Pruden.

Paca las abrazó con cariño:

–No es tarde, hermanas. Todavía podemos cambiar. Todavía podemos aprender y seguir creciendo. ¿Un té de roca?



¡Ay, maño!



Agradecimientos

Muchas gracias a todos los amigos que han colaborado con El Escaramujo. A los lectores, por su interés; a la Asociación Cultural San Cristóbal por creer en la revista, en mí, y sobre todo, por todo lo que hace por el pueblo; a los maquettadores y editores de la revista, por su dedicación; a todos los que han contribuido con sus relatos (en la revista anterior, por falta de espacio, no tuvimos esta pequeña sección: muchas gracias a Vicky Laguía y las vecinas que colaboraron en su artículo: Armonía, Regina, Teresa y Victoria; Víctor Martín Cadierno por su relato futurista; Paula Granero, Alicia Murciano y Alba Méndez por su artículo de La Casa del Fósil; muchas gracias a Miguel Rodríguez por su emocionante historia, y muchas gracias a Javier Sierra por su amabilidad y colaboración con esta humilde revista). En este noveno número, muchas gracias a Armonía Rodríguez y Ángel Baltasar, por relatarnos sus vidas de lucha y esfuerzo incansable; muchas gracias a Patricia García, de la Fundación Amantes de Teruel por

su hermosa colaboración; muchas gracias a Julio Nando por sus emotivas reseñas y pasatiempos, y muchas gracias a Javier Balandín por sus ilustraciones en los cuentos de Botija en la revista anterior, y en el de Paca en este número. Pedimos disculpas si hay errores de algún tipo, como en la revista anterior, cuando se nombró a doña Petra, la querida y recordada maestra del pueblo, que apareció como "la tía Petra" por error de transcripción. Os animamos a colaborar con la revista. ¡Sois bienvenidos! Podéis escribir vuestro propio artículo, o bien, si queréis ser entrevistados o contar alguna anécdota, no tenéis más que escribir al correo ondinaverde@hotmail.com o contactar por teléfono en el 657 255 052. Muchas gracias por leer. Nos vemos en Jabaloyas.

Raquel Cadierno Domingo



Comarca de la
Sierra de Albarracín